

Las Guerras de los Judíos

Flavio Josefo

Libro Quinto

Capítulo I

De otro estrago hecho en Jerusalén, y cómo los idumeos se volvieron, y de la crueldad de los zelotes.

Anano, pues, y Jesús, tal fin hubieron, como hemos arriba contado. Después de éstos, así los zelotes como los idumeos echábanse todos contra el pueblo, y mataban a todos cuantos hallaban; no menos que si fueran manadas de sucios animales, eran muertos doquiera que fuesen hallados; prendían a todos los mancebos nobles que podían haber, y poníamos en la cárcel muy bien atados, confiando ganar la amistad de algunos de ellos, difiriendo la muerte; pero con estas cosas ninguno se movía, antes todos deseaban la muerte por no levantarse contra su propia y común patria de todos: fueron todos azotados muy crudelísimamente antes de darles la muerte: fueron con las llagas y con los tormentos todos abiertos, y no pudiendo ya sostener mayor pena los cuerpos de éstos, eran a la postre degollados.

Los que de día prendían, de noche los encarcelaban, y sacándoles de allí, si acaso acontecía que algunos muriesen, luego los echaban, por que los otros que quedaban atados tuviesen lugar.

Estaba todo el pueblo tan amedrentado, y con tanto temor, que no había alguno que osase llorar públicamente, ni sepultar el cuerpo por más cercano que le fuese: los encarcelados también lloraban secretamente, y por que alguno de los que los guardaban no' los oyesen, gemían entre sí, y secretamente se entendían, porque luego en la hora eran castigados y muertos los que lloraban, de la misma manera que fueron aquellos por los cuales ellos derramaban sus lágrimas.

De noche cubrían con algún poco de tierra los muertos que podían; y algunas que eran más osados, atrevíanse a ello alguna vez de día: de esta manera murieron doce mil hombres de los nobles.

Estando ya éstos hartos de matar por sus propias manos sentenciábamos sin vergüenza, como por juicio y justicia. Habiendo, pues, así determinado matar a uno de aquellos varones nobles, llamado Zacarías, hijo de Baruch, porque enojábanse de verlo tan enemigo de los malos y amigo de los buenos, y que además de esto era rico, y no sólo confiaban robarle sus bienes, pero pensaban que quitarían la vida a un varón harto poderoso para derribarlos a ellos, convocaron setenta varones del pueblo, los más honestos de todos, a manera de jueces, aunque no tenían tal poder, y fué delante de ellos acusado Zacarías por descubridor de sus cosas a los romanos, y decían haber enviado, por hacerles traición, a Vespasiano; pero ni había argumento para creer tal, ni aun tampoco para probar tal cosa, aunque ellos dijeron haber sido enviado y tratado esto, y querían que fuese creído y tenido por muy cierto.

Viendo Zacarías que no tenía esperanza de alcanzar salud de alguna manera, fué traído con engaños, no a ser juzgado, sino a ser puesto en la cárcel, y con estar desconfiado de alcanzar salud ni tener más vida, tuvo mayor libertad para hablar, y comenzando, burlóse de todas las acusaciones, como fingidas y no verdaderas, deshizo todo aquello de lo cual era acusado, y convirtiendo después su habla contra sus acusadores, prosiguió con orden contando todas las maldades de ellos, y daba muchas quejas por haber sido las cosas tan perturbadas y revueltas. Ensañados los zelotes, apenas se podían contener ni dejar de hacer fuerza con sus armas, deseando que los engaños y cavilaciones que habían hecho quedasen y alcanzasen lo que pretendían, y además de esto querían experimentar si en tiempo peligroso los jueces tenían cuenta con la justicia. Así, pues, todos los setenta jueces juzgaron en favor de él, y quisieron más morir por él, que no que se les pudiese achacar después que había sido muerto por causa de ellos.

Librado que fué éste, luego las voces y clamores de las zelotes se levantaron; enojábanse todos con los jueces porque no habían entendido a qué causa les había sido dado tal poder. Acometiendo dos de los más atrevidos a Zacarías, matáronlo en medio del templo, y burlándose de él dijeron: "Ahora tienes mejor sentencia de nosotros, y estás mejor y más ciertamente librado." Y luego sacándolo del templo, lo echaron en el valle. Volvieron después su furor contra los jueces, hiriéndolos con sus espadas: echáronlos del templo, dejando de matarlos, por que echados, y esparcidos por toda la ciudad, fuesen mensajeros a todos de la servidumbre general en que habían venido.

Ya les pesaba ciertamente a los idumeos haber venido y no les contentaba lo que había sido hecho. Estando todos juntos, uno de los zelotes secretamente les descubrió todo el consejo que habían malamente tenido aquellos que los habían llamado; dijo que habían tomado las armas contra ellos, como porque los pontífices querían entregar a los romanos la ciudad, pero que ninguna señal habían hallado de esta traición, ni habían descubierto algo por lo cual lo hubiesen de creer: y que aquellos que fingían quererla defender de esto, debían ser ya desde el principio prohibidos de ello como tiranos y revolvedores; pero pues habían entrado en la compañía de las muertes que entre ellos se habían cometido, debían trabajar en dar fin a tantas culpas y delitos tan graves, y no ayudar a hombres que no iban sino tras destruir la costumbre de los Padres antiguos; porque aunque sintiesen ellos mucho haberles cerrado las puertas y haberles prohibido el entrar en la ciudad, ya habían sido castigados los que de ello habían sido causa: muerto era ya Anano, y casi muerto y consumido todo el pueblo en una noche.

Bien sabía que había muchos que se arrepentían de estas cosas, mas debían mirar la gran crueldad de aquellos que los habían llamado en su socorro, que aun no tenían vergüenza de aquellos por los cuales habían sido librados, ni de cometer tantas maldades delante de los mismos que habían venido para ayudarles, y atribuir las a los idumeos, porque no las prohibían ni se apartaban de ellos.

Debían, pues, siéndoles ya manifiesto haber sido maldad grande lo que de traición habían inventado, y pues estaban sin algún temor de los romanos, porque el poder que se había juntado y fortalecido contra la ciudad era inexpugnable, volverse todos ellos a sus casas, y guardándose de la compañía de los malos, deshacer la culpa de tan grandes maldades, de las cuales ellos habían sido parte, no de grado, antes muy engañados.

Persuadido fué esto a los idumeos: así, libertaron primero a los que estaban presos, que eran casi dos mil hombres del pueblo, y dejando luego la ciudad. vinieron a Simón, de quien después hablaremos, y de allí fuéronse a sus casas, dejando a Jerusalén. A entrambas partes pareció haber sido sin pensar en ella la partida de éstos, porque el pueblo, que no sabía de qué les había de pesar, rehízose y recreóse algún tanto con la esperanza, como ya libre de los enemigos, y acrecentóse la maldad y atrevimiento de los zelotes, como que no les había faltado todo socorro, antes habían sido librados de

aquellos por cuya vergüenza y empacho dejaban de cometer muchas maldades: así, pues, ya no había ley alguna, ni templanza en cometer todo engaño y toda maldad, sirviéndose de consejo poco y muy arrebatado de todo; antes era hecho cuanto querían, que pensado. Señalábanse más en dar muerte a los varones más ilustres, consumían toda la nobleza de la ciudad con gran envidia, por miedo de la virtud, teniendo por seguridad única y muy grande quitar la vida a todos los principales: así fué muerto Gorión con otros muchos, hombre muy principal en dignidad y linaje, y hombre que se holgaba en ver al pueblo más poderoso, hombre de gran espíritu y entendimiento, amador de la libertad más que cuantos judíos había; y así, entre las otras virtudes suyas, la libertad principalmente lo echó a perder.

No pudo tampoco huir de las manos de éstos Pirayta Nigro, varón muy conocido en las guerras hechas con los romanos; era llevado éste por medio de la ciudad muchas veces, gritando y mostrando las llagas que le habían sido hechas; llegando ya fuera de las puertas, desconfiando de su salud y vida, suplicaba que, por lo menos, después de muerto lo sepultasen: al principio dijéronle que ni aun la tierra que él tanto deseaba le sería concedida, y luego después lo mataron; pero estando ya cerca de la muerte, suplicó a Dios que los romanos lo vengasen de ella, y maldíjoles con hambre, y además de la guerra, con pestilencia, y más de todo esto, con discordia y enemistad entre ellos mismos los unos contra los otros; y todo lo cumplió Dios con estos impíos, haciendo lo que fué muy justo, que primero unos se levantasen contra los otros, y con la discordia entre sí, experimentasen sus atrevidas fuerzas.

La muerte de Nigro les quitó el miedo que tenían de ser oprimidos: ninguna parte había del pueblo a la cual no le fuese buscada la muerte: unos eran muertos por haber resistido y contradicho a los otros ciudadanos, y para los que no habían ofendido en algo, no les faltaban sus causas en tiempo de paz: a los que no se ofrecían a ellos libremente y de voluntad propia, pensaban que los menospreciaban; los que les obedecían eran tenidos por traidores; una era, y muy semejante, la pena, así de los graves delitos, como de los que poco importaban, la cual era la muerte, y no se escaparon de esto sino los que o eran muy bajos, o tenían muy pocos bienes.

Capítulo II

De la discordia que había entre los de Jerusalén.

Todos los romanos tenían el ánimo en la ciudad, juzgando que la discordia de los enemigos era ganancia para ellos, y por tanto, incitaban a Vespasiano, que tenía el poder y regimiento de todo, diciendo que por providencia divina los enemigos tenían entre sí la discordia; pero que breve y fácilmente se podían mudar de aquel estado, y luego habían de volver en concordia los judíos, o por estar cansados de los daños que de ellos mismos recibían, o por arrepentirse.

Respondió a éstos Vespasiano, que ignoraban ciertamente en gran manera lo que hacer convenía, deseando más mostrar como en teatro lo que con sus armas y esfuerzo podían con peligro, que pensar entre sí lo que más conveniente fuese, más útil y más provechoso: porque si luego daban asalto a la ciudad, ellos mismos habían de ser causa que los enemigos se concordasen y aviniesen, y levantarían

las fuerzas de ellos contra sí mismos, las cuales aun estaban en su vigor y fortaleza; pero si se aguardaban, tendrían menos enemigos y menos resistencia cuando por discordia interna de ellos mismos fuesen consumidos. Dios, ciertamente, ordena mejor las cosas que vosotros, pues quería entregar los judíos a los romanos, sin que en ello tuviésemos trabajo, y quería dar a nuestro ejército la victoria sin algún peligro, y que por tanto, pues los enemigos con sus propias manos se mataban con tan gran daño, es a saber, tan revueltos, debémoslos nosotros mirar y dejarlos en tal peligro, antes que pelear con hombres que desean la muerte, y que están con la rabia de sus corazones enloquecidos.

Si alguno pensare que la gloria de la victoria se disminuye y es menoscabada por no haber batalla, debe saber que es mucho mejor acabar cómodamente lo que se determina, que ponerlo en esperanza de las armas y en fin incierto; porque no son de menos loor dignos los que con prudencia, consejo y moderación dan fin a un negocio, que son aquellos que con hechos de su mano lo acaban: y él pensaba que entretanto que los enemigos se disminuían, tenían los para esforzarse y rehacerse de sus trabajos.

Este tiempo también, además de lo dicho, no era conveniente para lograr con sazón la honra de la victoria, porque los judíos no se ocupaban en edificar muros ni hacer armas, ni en juntar socorros, de lo cual pudiese proceder daño, si se detenían, antes estaban en guerra ellos entre sí mismos, y cada día se empeoraba su estado mucho más que los romanos mismos podrían, ni bastarían a hacer después de entrados: por tanto, pues, los que consideraren nuestro bien y nuestra seguridad, dirán que los debemos dejar que se consuman ellos mismos, y los que tuvieren cuenta con la gloria de nuestros hechos, hallarán no deber poner nosotros las manos entre los que padecen por sí mismos, porque fácilmente y con razón se diría después, que la causa de nuestra victoria había sido estar los enemigos en discordia, y no nuestro esfuerzo.

Diciendo estas cosas Vespasiano, los regidores y capitanes consentían, y eran del mismo parecer, y luego se conoció cuán provechoso fué su consejo y determinación, porque cada día muchos se pasaban a su parte, huyendo de la crueldad de los zelotes; pero era muy difícil huir de éstos, porque todas las salidas y lugares por donde se podían salvar, estaban con muchas guardas; y si alguno, por cualquiera causa que fuese, era allí preso, en seguida lo mataban, diciendo que quería pasarse a los enemigos; mas quien les daba dineros, éste se libraba, y sólo era tenido por traidor aquel que no lo daba. Así, pues, salvando sus vidas los ricos con el dinero, los pobres solamente eran los muertos: juntaban por todas las calles los muertos, que eran muchos, y muchos de los que querían huir a los romanos, no osaban, y deseaban más morir en su ciudad, porque parecíales algo mejor morir en su patria, por la esperanza que de ser sepultados tenían.

Habíanse encrudecido estos zelotes en tanta manera, que ni a los que dentro, ni a los que por los caminos mataban, permitían sepultura ni que fuesen enterrados, antes parecía que, además de querer quebrantar las leyes de su patria, querían también romper todo derecho natural, y ensuciar las cosas sagradas con su injusticia contra los hombres; de tal manera sufrían que los muertos se pudriesen delante de los ojos de todos.

Los que osaban sepultar los cuerpos muertos de los suyos, caían en el mismo peligro que aquellos que huían, y así luego tenía necesidad de sepultura aquel que osaba sepultar a otro.

Para decir lo que conviene brevemente, ninguna calidad del entendimiento estaba más perdida entre éstos, que era la caridad y la misericordia, y con estas cosas los malos más se indignaban, viendo la misericordia que los vivos tenían con los muertos, y pasaban la ira que a los muertos tenían, con los que quedaban vivos.

Estando los que quedaban en vida tan amedrentados, parecían los muertos haber alcanzado más reposo que los vivos, y más bienaventuranza; y los que estaban presos, considerando los tormentos que padecían, tenían por mucho más dichosos aquellos que eran muertos y estaban sin sepultura, que a ellos mismos: quebrantaban todo derecho de hombres, reíanse de Dios y de sus cosas; burlábanse de los profetas y de cuanto habían profetizado, no menos que si fueran respuestas fabulosas. Habiendo, pues, ya menospreciado todas las leyes y ordenanzas que tenían hechas por sus antepasados en las cosas pertenecientes a la virtud, comprobaron con la experiencia lo que mucho antes había sido profetizado de Jerusalén: iba entre ellos aquella antigua profecía de que la ciudad había de ser presa, y que sus leyes santas y las cosas sagradas, habían de ser quemadas por ley de guerra, haciendo revuelta y sedición entre ellos, habiendo ellos mismos primero ensuciado y violado el templo con sus propias manos. De estas cosas se quisieron mostrar ministros y ejecutores los zelotes, como hombres que en ello no dudaban.

Capítulo III

Del estrago de los gadarenses, y cómo se rindieron.

Pretendiendo Juan hacerse tirano, tenía por afrentado en no ser tenido en más que los otros, y juntándose con los peores que podía hallar, trabajaba en apartarse de aquellos con los cuales estaba. Hacíase conocer y sentir en no obedecer a los pareceres y determinación de los otros y en mandar más soberbiamente lo que quería.

Juntábanse con él algunos por miedo, otros de grado, porque era hombre maravilloso en engañar y persuadir lo que quería; muchos por ver que les era más seguridad seguirlo y hacer que la causa de las culpas cometidas se atribuyese a uno y no a todos: también, porque era hombre muy esforzado y de buen consejo, tenía muchos de su guarda, aunque muchos de la otra parte contraria lo habían ya dejado por tenerle envidia, pensando ser cosa grave sujetarse a uno que poco antes era igual con ellos: tenían por cierto que, si una vez él tomaba fuerzas, sería muy difícil derribarle, y temían que, por haberle ellos resistido al principio, no tomase ocasión fácilmente contra ellos para darles la muerte: por tanto, pues, cada uno preciaba más sufrir cualquiera cosa en la guerra, que, entregándose de voluntad, perecer como esclavo. En esto, pues, se levantaron las parcialidades y revueltas, y Juan reinaba en la parte contraria y discordante con la otra: tenían éstos todas sus cosas muy en orden y muy fuertes con sus guardas, y así nada se hacía, o ciertamente poco, cuando alguna vez acontecía trabarse en alguna pelea o escaramuza: tonnaron principalmente contienda contra el pueblo, y todos trabajaban por quién más robaría. Estando, pues, la ciudad muy trabajada con estas tres cosas, guerra, señorío y revueltas o sediciones, parecióle al pueblo el menor mal de todos estos tres, comparados entre sí, el de la guerra; por lo cual, dejando los asientos de su patria natural, huían a los extranjeros, y por beneficio de los romanos alcanzaban salud, la cual no hallaban entre los mismos suyos naturales.

El cuarto mal que padecían, y que se movió por destrucción de esta gente, fué que cerca de Jerusalén había un fuerte castillo, hecho para poner en él las riquezas necesarias para la guerra, edificado por los reyes antiguos para defender en él sus vidas y curar sus cuerpos: llamábase por nombre Masada; había sido éste ocupado por aquellos matadores, porque deteníanse y recogíanse allí

con temor de robar cosas que fuesen más importantes. Viendo éstos que el ejército de los romanos estaba ocioso, y que los judíos habían salido de Jerusalén, por temor de venir en servidumbre y por la discordia que entre ellos tenían, atreviéronse a peores cosas y a mayores maldades.

El día de la fiesta de la Pascua, que era fiesta solemnemente celebrada por los judíos en memoria de la libertad y salida de la servidumbre de Egipto, engañados una noche, los contrarios dieron asalto a un fuerte de Engada, de donde echaron peleando a todos los judíos esparcidos, antes que pudiesen valerse ni tomar armas; pero de los que no pudieron huir o se cansaron huyendo, entre muchachos y mujeres, mataron más de setecientos, y dando después saco a las casas, robaron los frutos que estaban ya maduros y lleváronselos a Masada, y éstos andaban rodando todos los lugarejos que estaban alrededor del castillo y destruyendo toda aquella región; llegándose cada día muchedumbre de aquellos hombres perdidos, moviéronse también a robar todos los lugares y partes de Judea que estaban aún sin revueltas: y como suele acontecer que cuando es fatigado el principal miembro del cuerpo con algún dolor, es necesario que todos los otros miembros lo sientan y se conduelan, así también por la revuelta de la ciudad, y por la discordia que tenían, hallaron ocasión y licencia los ladrones malos y perversos que de fuera estaban. Habiendo, pues, cada uno por sí dado saco a su propio lugar, huíanse después a la soledad o al desierto; conjurándose a compañías y juntándose unos con otros eran menos que ejército, pero muchos más que una compañía de ladrones; acometían y entrábanse por todos los lugares y templos que había: seguíase de aquí, como ser suele en las guerras, que eran muchas veces maltratados por aquellos que ellos mismos acometían, pero proveíanse ellos antes de la venganza, huyendo luego después que habían robado, y de esta manera ninguna parte había de Judea, la cual, juntamente con Jerusalén, ciudad excelentísima, no pereciese.

Dieron nuevas de esto a Vespasiano los que se huían y se pasaban a él como mejor podían; porque aunque los revolvedores y amotinados guardaban todos los pasos, y cuando alguno se llegaba a ellos luego a la hora lo mataban, empero había siempre algunos que huían y se pasaban a los romanos secretamente, y amonestaban al capitán romano que socorriese a la ciudad y conservase lo que del pueblo quedaba, porque muchos habían sido muertos por haber deseado bien a los romanos, y muchos había aún vivos en peligro por la misma causa.

Teniendo compasión Vespasiano, y misericordia de la destrucción de éstos, llegóse más cerca, como para poner cerco :a Jerusalén, aunque a la verdad no venía sino por librarlos del cerco de aquellos malos, con esperanza principal de sujetarlos, sin dejar por defuera algún impedimento que pudiese obstarle e impedirle el cerco.

Como, pues, ya hubiese llegado a Gadara, ciudad principal y la más fuerte de la región de la otra parte del río, a cuatro días del mes de marzo entró en ella: la gente principal de esta ciudad había ya enviado a Vespasiano embajadores, haciéndole saber cómo estaban prestos para rendirse, y esta no menos por deseo de tener paz, que por guardar sus bienes y patrimonios.

Había muchos ricos en Gadara, y los enemigos no sabían algo de la embajada que ellos habían enviado a los romanos, sino que conocieronlo por ver que Vespasiano llegaba a la ciudad: desconfiaban de poder guardar la ciudad, por ser en número menor que los enemigos que dentro de ella había, y por otra parte veían que los romanos ya no estaban lejos. Si determinaban huir, teníanlo por deshonor irse sin dar castigo, y sin derramar sangre por los daños que habían recibido: por esta causa prendieron a Doleso; era éste, en su dignidad y nobleza, príncipe de la ciudad, y aun había sido autor de darse a los romanos, y luego lo mataron; y con la ira demasiada que tenían, habiendo azotado a éste después de muerto, salieronse de la ciudad.

Llegándose ya después algo más cerca el ejército de los romanos, con voces y alegría grandes recibió todo el pueblo a Vespasiano dentro de la ciudad, y tomáronle la mano y su fe por señal que serían libres de todo daño, y así envió parte de la gente que tenía de a pie y de a caballo contra los que huían: los muros habían sido destruídos antes que los romanos llegasen, para dar fe y crédito de que deseaban la paz, si, aunque quisiesen hacer guerra, mostraban serles imposible. Vespasiano, enviando a Plácido con quinientos caballos y tres mil infantes contra los que de Gadara habían huído, volvíase con toda la otra gente a Cesárea.

Los que huían, viendo los que venían detrás a perseguirles, antes de caer en manos de ellos, recogieron en un lugar que se llamaba Bethenabro; y hallando allí muchos mancebos, armaron a unos de grado y a otros por fuerza, y salieron locamente contra Plácido y contra la gente que con él venía. Al principio, cuando los romanos los vieron, hicieron como que huían algún poco, y esto fué por hacer retirar a los enemigos de los muros; pero después, cercándolos en un lugar oportuno, heríanlos con sus armas bravamente. Los judíos que huían eran salteados por la gente de a caballo romana; y los que se trababan a pelear, eran muertos y despedazados por la gente de a pie, sin que pudiesen mostrar ya más atrevimiento; porque quisieron acometer a los romanos, estando éstos juntos y muy en orden, rodeados con sus armas no menos que de un muro muy fuerte, de tal manera, que las armas y saetas que contra ellos echaban, no hallaban entrada ni cabida alguna; además de esto, no eran bastantes para romper el escuadrón, y eran muy heridos con las saetas y armas de los romanos; y con todo se echaban ellos, muriendo como crueles bestias, unos por las armas de los romanos, y otros esparcidos y derramados por la gente de a caballo, porque Plácido hacía gran diligencia en cerrarles la vuelta al lugar, por lo cual corría muchas veces hacia aquella parte; y haciendo volver a los que iban hiriendo, aprovechábase también contra ellos de saetas y dardos: mataba con ellos a los que más cerca estaban, y ponía tan gran miedo a los que huían, que los hacía volver, hasta tanto que, escapándose los que pudieron ser más fuertes, recogieron al muro.

Las guardas de él no sabían lo que debían hacer. No podían sufrir que por causa de los suyos fuesen los gadarenses echados, y si los recibían, veían que habían de morir juntamente con ellos, lo cual también sucedió como pensaban: porque siendo forzados a recogerse al muro, saltaron contra ellos los caballos romanos; cerrando las puertas antes.

Plácido allegó su gente, y estuvo combatiendo el muro hasta la tarde, hasta tanto que lo ganó, y con él también ganó el lugar. Aquí era entonces muerto el ignorante y desarmado vulgo; pero huían los que más fuertes eran: las casas eran robadas por los soldados, y el lugar fué todo quemado.

Los que se libraron huyendo de allí, movieron a que toda aquella región huyese; y levantaban más de lo que era su propia destrucción, diciendo que todo el ejército de los romanos venía: llenáronlo todo de temor y todo lo amedrentaron, y juntándose gran número de ellos, huyeron a Jericó; esta ciudad les daba alguna esperanza de salud, por saber que era fuerte y muy bien poblada.

Plácido determinó seguirlos con su gente, confiado en el suceso próspero que había tenido, matando siempre a cuantos hallaba, hasta que llegó al Jordán. Y hallando toda la muchedumbre que huía junta y detenida por el gran ímpetu y fuerza del río, que venía tan grande y tan lleno con las aguas de las lluvias, no siendo posible pasar el vado, allí juntos los acometió.

Fueron, pues, forzados a pelear, porque no podían huir, y extendidos por lo largo de la ribera recibían las armas de los de a caballo, por las cuales muchos cayeron en el río heridos; los que por sus manos de ellos fueron muertos, llegaron a número de trece mil; otros, no pudiendo sostener tanta

fuerza, echáronse ellos mismos de grado en el río Jordán; este número era infinito: fueron también presos dos mil doscientos hombres, con gran robo de ovejas, asnos, camellos y bueyes.

Esta llaga que los judíos recibieron, aunque era igual con todas las pasadas, pareció todavía mayor en sí de lo que era, no sólo por haber llenado toda aquella región, de la cual habían huído, de cuerpos muertos, pero aun también porque el Jordán no podía hacer su camino: tan lleno estaba de hombres muertos.

La laguna de Asfalte estaba también llena de ellos, los cuales después fueron esparcidos por muchas riberas.

Habiéndole sucedido a Plácido todo prósperamente, determinó ir a los lugares cercanos de allí y fuertes; y tomando a Juliada, Avila y Besemoth, que estaban hacia la laguna de Asfalte, puso en cada uno de ellos los que le parecieron idóneos de los que a él se habían pasado.

Poniendo después su gente en navíos, sujetó a los que se habían recogido al lago.

Toda aquella región se rindió a los romanos de la otra parte del río, y todo fué hasta Macherunta sujetado.

Capítulo IV

De ciertos lugares que fueron tomados, y la descripción de la ciudad de Hierichunta.

Estando aquí las cosas en este estado, súpose cierta revuelta que en la Galia había, y cómo el juez o regidor, juntamente con los principales naturales de allí, se habían rebelado contra Nerón, de los cuales en otro lugar hemos con diligencia más largamente escrito.

Movieron, con todo, a Vespasiano, sabidas estas cosas, a darse prisa en acabar aquella guerra, viendo que ya no habían de faltar guerras civiles y peligros a todo el imperio romano, pensando que, pacificadas las partes de Oriente, Italia estaría más segura y tendría menos que temer. Pero prohibiéndole el invierno ejecutar su propósito y determinación, ponía su gente por guarnición en los lugares y fuertes que había por allí sujetado; y poniendo ciertos regidores en las ciudades, a los cuales llamaban decuriones, trabajaba en restaurar muchas cosas de las que habían sido destruídas.

Vínose primero, acompañado de toda la gente con que había venido a Cesárea, a Antipátrida; y habiendo puesto orden en esta ciudad, deteniéndose en ella dos días, el tercero veníase para Lida y Jamnia, destruyendo y quemando toda la región que estaba alrededor de la señoría de Thamna. Y habiéndose dado estas dos ciudades y sujetado a su fuerza, ordenó gente que quedase allí para habitarlas; él vínose a Amaunta, y ocupando la salida para la Metrópoli, que era Jerusalén, cercó de

muro su campo; y dejando allí la quinta legión, partió con toda la otra gente hacia la tierra de Betlep-tón, y después de haber dado fuego y quemado toda la región vecina y cercana de Idumea, guarneció todos los castillos y proveyó los que estaban en buen lugar. Habiendo tomado dos lugares que estaban en medio de Idumea (era el uno Begabro, y el otro Cafartofo), mató allí más de diez mil hombres, y prendió casi mil; y sacando toda la otra gente que había, puso en ellos gran parte de sus soldados, los cuales iban destruyendo todos aquellos lugares y talando todas aquellas montañas.

Volvióse después él, con lo que le quedaba de su ejército, a Jamnia, y de aquí vino, por Samaritidá y por Nápoles, la cual llamaban los naturales de allí Maborta, a los dos días del mes de junio, a Hierichunta, adonde uno de los regidores, llamado por nombre Trajano, juntó con el ejército de Vespasiano todos los soldados que pudo allegar por la otra parte del Jordán, habiendo ya vencido a cuantos allí estaban.

El pueblo de Hierichunta, antes que los romanos viniesen, se había recogido a una región montañosa que estaba frente a Jerusalén, y fueron muertos muchos que allí quedaron: halló desolada la ciudad, la cual está en un llano fundada. Levántase junto a ella una montaña alta, aunque estéril, y es muy larga: llega desde la parte de Septentrión hasta los campos de Escitópolis; y por la parte del Mediodía hasta Sodoma, y extiéndese por los términos del lago de Asfalte: es todo muy áspero, y por no producir algún fruto, no se habita.

Hay cerca de este monte otro alrededor del Jordán; comienza desde Julia hasta el Septentrión, y alárgase por el Mediodía hasta Sacra, que aparta la ciudad de Arabia, llamada Petrea, de estos términos.

Está en esta parte aquel monte que se llama Férreo: extiéndese hasta la tierra de Mohab. Hay una región entre estos dos montes que se llama el campo grande; éste se ensancha desde el lugar llamado Gennabara, hasta la laguna del Asfalte: tiene de largo doscientos treinta, y de ancho ciento veinte estadios, y pártelo el Jordán.

Hay allí dos lagos grandes, el de Asfalte y el de Tiberia, y entrambos son contrarios de su naturaleza: el uno es salado y estéril, y el de Tiberia, vulgarmente, y por lo más, es muy dulce y muy fértil; en tiempo de verano aquel llano se enciende con el ardor del sol, y gástase cuanto ocupa con el mal aire que allí reina: sécansele todas las cosas que tiene alrededor de él, excepto el Jordán; de donde procede que las palmas que están en aquella ribera, florecen más y mejor, y las que están de allí lejos, mucho menos.

Hay cerca de Jericó una fuente muy grande y muy abundante para regar todos aquellos campos: nace cerca de la ciudad vieja que Jesús, hijo de Nava, capitán del pueblo de los judíos, había primero ganado en la tierra de los cananeos. Dícese de esta fuente, que no sólo solía corromper los frutos de la tierra y árboles, pero aun dañaba a las mujeres preñadas, y lo corrompía todo con enfermedades y pestilencia; pero después perdió este furor, y había sido hecha muy saludable y muy fértil por el profeta Eliseo, amigo y sucesor de Elías: porque habiéndole los de Jericó hecho buena acogida, y habiendo hallado en ellos toda amistad, satisfizo y pagólo a ellos y a toda su región con una gracia que les hizo, y fué que, partiendo para la fuente, tomó un vaso lleno de sal, y echólo en el agua. Después, levantando sus manos al cielo y echando algunos alientos suyos en la fuente, rogaba que se amansase y que mostrase sus aguas más dulces, convirtiendo la amargura en dulzura y fertilidad grande, y hacía oración a Dios que templase con mejor viento las aguas y aires de aquella tierra, y concediese que los vecinos de allí pudiesen gozar de la fertilidad de sus frutos, y dejasen sucesión de sus generaciones e hijos, y que no pudiese dañarles ni faltarles el agua, que suele ser el sustento de los hijos, entretanto que ellos fuesen buenos y justos. Con estos ruegos, habiendo hecho muchas más cosas que sabía hacer por sus

manos, mudó las aguas de la fuente; y las que les solían ser antes causa de esterilidad y orfandad grande, les eran en este tiempo causa de abundancia en frutos, en sus hijos y generaciones.

Es, pues, ahora su regadío tan fértil y de tanta fuerza, que en tocar la tierra solamente se hace más fértil que quedando mucho encima de la tierra, de tal manera, que los que gastan mucho de esta agua, éstos tienen menos provecho; y los que menos de ella gastan, éstos tienen mucho más. Regía esta fuente muchas más tierras que todas las otras; pasa setenta estadios de largo y veinte de ancho. Cría por allí huertos como paraísos, muchos y muy abundantes, principalmente de palmas diversas, no menos en el sabor que que son más fértiles, cuyo fruto, puesto en prensa, da de sí mucha miel no peor que la otra, aunque da también mucha miel esta región; y es muy fértil en bálsamo, que es el fruto mejor y más precioso que allí nace. Produce también mucha alheña y mirabolano, de manera que quien dijere ser esta parte de tierra muy mirada y amada por Dios, no errará, en la cual lo bueno y lo que es tan caro y tanpreciado, nace tan fértil y abundantemente; pero ni aun en todos los otros frutos que produce hay región alguna en todo el universo que se pueda comparar con ésta: en tan gran manera multiplica y acrecienta lo que en ella se siembra. La causa de esto, según yo creo, es la fuerza fértil del agua y el calor del aire, que recrea todo cuanto allí nace: aprieta esta agua todas las raíces de, los árboles: dales fuerza en el verano, en el cual dificultosamente, con el gran calor y ardor del sol, puede producir algo la tierra. Si sacan de esta agua antes que nazca el sol, con el viento que corre se enfría, y toma contraria naturaleza de la del aire: en el invierno se calienta, y se hace en el nombre, de las cuales hay algunas muy buena para regar lo que está bajo de la tierra: es el cielo de esta región tan templado, que cuando en otras partes de Judea nieva, los naturales de aquí van vestidos de lino: está lejos de Jerusalén ciento cincuenta estadios, y a sesenta estadios del Jordán: el camino hacia Jerusalén es desierto y peñoso; hacia el Jordán y la laguna del Asfalte, aunque es tierra más baja, todavía no es menos estéril y menos cultivada que la otra. Pero basta lo dicho de la fertilidad de Jericó.

Capítulo V

De la laguna del Asfalte.

Digna cosa pienso será, que sea contada y declarada la naturaleza de la laguna Asfalte. Esta es salada y muy estéril, y las cosas que de sí son muy pesadas, echadas en este lago se hacen muy ligeras, y salen sobre el agua, y apenas hay quien se pueda ahondar ni ahogar en lo hondo de ella.

Vespasiano, que había venido allí por verla, mandó que fuesen echados en ella hombres que no supiesen nadar, con entrambas manos atadas a las espaldas; e hízolos echar de alto que cayesen en la laguna, y sucedió que todos volvieron, como por fuerza del aire, a parecer encima del agua. Múdase también el color de esta agua maravillosamente tres veces cada día, y resplandece de diversos colores con los rayos del sol: echa de sí como terrones de pez en muchas partes, los cuales van nadando por encima del agua tan grandes como toros sin cabezas, o por lo menos muy semejantes.

Los que conocen y saben de esta laguna, vienen a coger lo que haber pueden de la pez, y llévanse a las naos; pero aunque cuando la toman y ponen en ellas está entonces más amiga y más blanda, después

no pueden romperla, antes parece que tiene atado el navío, hasta tanto que con la orina y purgación de la mujer se despegan.

No es sólo provechosa para las naos, sino también se pone de ella en muchas cosas para curas y medicinas del cuerpo humano: tiene este lago quinientos ochenta estadios de largo, y extiéndese hasta Zoara, ciudad de Arabia, y tiene de ancho ciento cincuenta estadios.

Vecina es de este lago la tierra de Sodoma, fértil en otro tiempo, tanto en sus frutos como en la riqueza; ahora toda está quemada, y tiénese por cierto haber sucedido, y haber sido destruida por la impiedad e injusticia grande de los que allí habitaban, con rayos y con fuego del cielo, pues aun hoy hay señales y reliquias de este fuego enviado por Dios, y puédense ver aún las señales de los cinco lugares o ciudades; y los frutos que nacen en aquellas cenizas son de los colores de ellas, no menos aparentes que si fuesen muy buenos para comer.; pero en las manos del que los toma se resuelven en ceniza y en humo: por lo que parece ahora en la tierra de Sodoma, se cree fácilmente ser así lo que fué y pasó en ella.

Capítulo VI

De la destrucción de Gerasa, y juntamente de la muerte de Nerón, Galba y Othón.

Deseando Vespasiano cercar por todas partes los moradores de Jerusalén, levantó unos castillos en Jericó y en Adida, puso en ambas partes guarnición de gente romana y de la que le había venido en socorro. Envió también a Gerasa a Lucio Annio, dándole parte de su caballería y mucha infantería: éste, en el primer combate que dió a la villa, la tomó y mató mil mancebos que estaban en guarda, que no pudieron salvarse: llevó cautivas todas las familias, y permitió que sus soldados diesen saco a toda la ciudad; y habiendo después puesto fuego a todas las casas, dió contra los lugares que había par allí cerca.

Huían los que eran poderosos: los que no lo eran, eran muertos; y todo cuanto podían haber era puesto a fuego y destruídos todos los lugares por la fuerza de la guerra, así las montañas, como los que estaban por lo llano: los que vivían en Jerusalén no podían salir de allí, porque los que deseaban huir eran detenidos por los zelotes; y los que eran enemigos de los romanos, estaban rodeados y cercados por el ejército.

Habiendo, pues, Vespasiano vuelto a Cesárea, y aparejándose para ir con todo su ejército contra Jerusalén, fuéle contada la muerte de Nerón, el cual había muerto después de trece años y ocho días de su imperio. Dejo de contar con cuántas deshonestidades afeó el imperio, con aquellos bellacos Ninfidio y Tigilino, dejando la república romana a hombres muy indignos de ella: y cómo, preso por asechanzas de sus mismos criados y libertos, desamparado de toda la ayuda de los senadores, huyó con cuatro criados suyos de los más fieles a un burgo, adonde se mató él mismo; cómo fueron después de mucho tiempo muertos aquellos que le acompañaron, y cómo se acabó la guerra de la Galia, también cómo vino de España Sergio Galba, elegido por emperador, y cómo fué muerto en medio de la plaza, reprendido por los soldados como hombre mujeril, afeminado y para poco, y fué declarado Othón por emperador, y cómo trajo su gente contra el ejército de Vitelio.

No me alargo en contar todas las revueltas que Vitelio causó, ni la batalla que se dió cerca del Capitolio: menos cómo Antonio, Primo y Muciano mataron a Vitelio y apaciguaron los ejércitos de los germanos: todo esto paso por silencio, confiado que muchos, así griegos como romanos, se han ocupado en dar de ello larga cuenta; pero por la orden y continuación del tiempo, por seguir la historia y por no cortarla en parte alguna, he tocado lo principal sumariamente.

Vespasiano, pues, alargaba y difería la guerra con los de Jerusalén, esperando a quién elegirían por emperador después de Nerón: mas después que supo que Galba imperaba, no hacía cuenta de nada, antes tenía muy determinado no fatigarse ni trabajar en algo sin que el dicho Galba le escribiese primero sobre las cosas de la guerra. Todavía le enrió a su hijo Tito para darle el parabién, y que supiese lo que mandaba que hiciese de la guerra que con los judíos tenía comenzada.

Por esta misma causa navegó Agripa a verse con Galba, y pasando a Acáya con sus naos en el invierno, aconteció que Galba fué muerto después de siete meses y otros tantos días que era emperador.

Sucedióle Othón en el imperio, y gobernó la república tres meses.

No se espantó con todas estas mutaciones Agripa, antes prosiguió su camino a Roma.

Tito pasó de Acaya a Siria casi movido por voluntad de Dios, y de allí vínose a Cesárea a su padre muy oportunamente y muy a tiempo.

Estando, pues, suspensos de todo, ondeando el imperio y señorío romano, sin saber en quién se sostendría, menospreciaban y no tenían tanta cuenta con la guerra de los judíos; y teniendo miedo sucediese algo a su patria, temían acometer y emprender guerra contra los extranjeros.

Capítulo VI

De Simón Geraseno, príncipe de la nueva conjuración.

En este medio se levantó otra guerra dentro de Jerusalén.

Había un hombre llamado Simón, hijo de Giora, natural de Jerasa, mancebo en edad y menos viejo que Juan en sus astucias, el cual hacía mucho tiempo que se había apoderado de la ciudad; mas era mucho más esforzado y atrevido que Juan. Por lo cual, después que fué echado de la gobernación acrabatena principal por el pontífice Anano, juntóse con los ladrones que se habían alzado en Masada. Al principio tenía de éste gran sospecha, y le mandaron pasar al castillo que estaba más bajo con las mujeres que había consigo traído, y ellos estábanse en el más alto: otras veces, por ser tan conformes y tan parientes en las costumbres, parecía ser hombre muy fiel, porque él era capitán de los que salían a robar: robaba y destruía todo aquel territorio de Masada juntamente con los otros, sin tener temor de ellos, esforzándolos para cosas mayores.

Era muy deseoso de señorear y codiciaba hacer grandes cosas; pero al saber la muerte de Anano, salióse hacia las montañas, y prometiendo con voz de pregón a sus esclavos la libertad y gran premio a los que eran libres, juntó consigo cuantos bellacos había en todas aquellas partes, y habiendo alcanzado ya bastante ejército, iba robando todos aquellos lugares que por los montes había. Y juntándosele siempre muchos en compañía, osaba bajar a los lugares que estaban por bajo; iba ya de tal manera, que las ciudades temían de él ciertamente: muchos de los más poderosos estaban amedrentados por ver su fuerza y cuán prósperamente le sucedían las cosas, y no era ya ejército de esclavos y ladrones solamente, sino aun muchos de los pueblos le obedecían no menos que a rey.

Corrían toda la tierra acrabatena, y toda la Idumea Mayor. Tenía un lugar llamado Naín por nombre, cercado de muro como castillo, para su guarda. En el valle que llaman de Farán ensanchó muchas cuevas, además de muchas otras que halló aparejadas y muy en orden, de las cuales se servía de lugar para guardar lo que robaba: ponía allí todos los frutos que hurtaba, y había muchas compañías que allí se recogían; no dudándose que daría que hacer a los de Jerusalén con su gente y aparejo.

Por esto, temiendo los zelotes algunas asechanzas, y deseando cortar el hilo al que veían subir demasiado contra ellos, salieron muchos armados. Vínoles delante Simón, y trabando pelea entre ellos, mató muchos, e hizo que se retirasen todos los demás a la ciudad; pero no osó cercarlos por no confiar tanto en sus fuerzas, y así trabajó en sujetar primero a Idumea.

Venía con veinte mil hombres en orden de guerra contra ella: los principales idumeos juntaron de aquellos campos y lugares casi veinticinco mil hombres, de los que eran más aptos para la guerra; y dejando muchos más que guardasen sus casas y haciendas, por causa de aquellos salteadores que estaban en Masada, vinieron a esperar a Simón en los términos de Idumea, adonde rompieron ambas partes; y peleando todo el día, fué después sin vencer y sin ser vencido.

El fué a un lugar llamado Naín, y los idumeos se volvieron a sus tierras.

No mucho después venía Simón con ejército mayor contra ellos, y puesto su campo en un lugar que se llama Thecue, envió a los que estaban en guarda del castillo Herodión (el cual estaba cerca) un compañero suyo llamado Eleazar, para persuadirles que le entregasen el castillo: tomáronlo las guardas, no sabiendo aún la causa de su venida, aunque después que les hubo hablado y dicho que se rindiesen, desenvainaron contra él y persiguiéronlo, hasta tanto que, no hallando lugar ni manera para huir, se echó del muro en el foso, y de esta manera luego murió.

Temendo los idumeos las fuerzas de Simón, parecióles, antes de salir a la batalla, probar y descubrir la gente que el enemigo traía; ofrecióse para hacer esto prontamente Diego, uno de los regidores, pensando hacerles traición.

Partiendo, pues, de Oluro, porque en este lugar estaba el ejército de los idumeos recogido, vino a Simón, y concertóse primero con él de entregarle su propia patria; y tomándole la palabra y la fe, que sería siempre muy su amigo, prometiéndole lo mismo de toda la Idumea.

Habiéndole Simón por estos conciertos dado un gran banquete con grande amistad, animado con grandes promesas, en la hora que volvió a los suyos, fingía con maldad que el ejército de Simón era mucho mayor; y habiendo después amedrentado a los capitanes y regidores, y a toda la otra gente popular, trabajaba en persuadirles que recibiesen a Simón y le dejaran el señorío y mando sobre todos, sin pelear sobre ello.

Tratando estas cosas, enviaba también mensajeros que hiciesen que Simón saliese hacia ellos, prometiéndoles derribar y vencer a los idumeos, lo cual también ejecutó: porque llegándose ya el ejército, saltó luego en su caballo, y huyó con todos los compañeros que en aquella maldad estaban corrompidos.

Amedrentóse con esto todo el pueblo, y antes que viniesen a pelear, rompieron el orden con que venían, y volvióse cada uno a su casa.

De esta manera, pues, entró Simón sin que tal pensase, en Idumea, sin derramamiento alguno de sangre; y acometiendo el primer fuerte, que era Hebrón, lo tomó improvisadamente; y allí hizo gran saqueo y robó muchos frutos.

Los naturales de aquí dicen que Hebrón no sólo es más antiguo que todos los lugares y villas de Idumea, más aún también que Menfis, en Egipto, y se cuentan dos mil trescientos años después de su edificación: y cuentan que fué habitación de Abraham, padre de los judíos, después que dejó los asientos de Mesopotamia, y que sus descendientes pasaron de aquí a Egipto, cuyos monumentos y antigüedades aun parecen en la misma ciudad, hechos de mármol muy hermoso.

A seis estadios de este lugar está aquel grande árbol Terebintho, y dicese que dura hasta ahora, criado desde el principio del mundo.

De aquí pasó Simón por toda la Idumea, robando no solamente las ciudades y lugares adonde entraba, pero aun talando y destruyendo las tierras; porque además de la gente de armas que lo seguía, iban con él cuarenta mil hombres, y por ser tantos no tenían bastante provisión de las cosas necesarias.

Añadíase la crueldad de Simón a todas estas necesidades, y además de ésta, su ira, con la cual causó mayor destrucción a toda Idumea. Y como suele parecer el campo sin hojas después que la langosta ha pasado por él, así también por donde quiera que el ejército de Simón pasase, cuanto atrás dejaba, todo quedaba desierto y destruido: quemaba lo uno, destruía y derribaba lo otro, y poniendo bajo de los pies cuanto dentro de la ciudad o en los campos había nacido; caminando por la tierra labrada, la hacían más dura que si fuera la más estéril del mundo; de manera que por donde ellos pasaban y adonde echaban la mano, no quedaba señal para conocer haber sido algo en otro tiempo.

Todas estas cosas movieron a los zelotes a que otra vez se revolviesen; pero temieron salir a pelear con ellos, y descubiertamente hacerles guerra: mas poniendo asechanzas y espías por los caminos, hurtaron la mujer de Simón, y muchos más de aquellos que le obedecían y estaban en su servicio, y luego se vinieron a su ciudad no con menor alegría que si hubieran preso a Simón, confiando que luego el dicho Simón dejaría las armas, y vendría a suplicarles por su mujer.

Por haberse llevado los enemigos a su mujer, no se amansó Simón, antes, mucho más airado, al llegar a los muros de Jerusalén, como una fiera herida y embravecida por no poder coger a aquellos que la han herido, así mostraba su furia y su locura contra cuantos hallaba: y habiendo unos salido fuera de los puertos por traer hierbas, sarmientos y otras hortalizas, tanto los viejos como los mozos, a todos los azotaba hasta la muerte; de tal manera, que solamente parecía no quedarle otra cosa, según era la ira e indignación de su ánimo, sino comer y hartarse de los cuerpos de los muertos: a muchos cortaba las manos, y dejábalos volver a la ciudad, haciendo con esto que sus enemigos se amedrentasen y le tuviesen gran miedo, y también por excusar tantos daños y librar al pueblo de ellos.

Mandábales que dijese cómo Simón juraba por el Dios regidor de todas las cosas, que si no le volvían muy presto su mujer derribaría el muro de la ciudad, y daría el mismo castigo a cuantos dentro estaban, sin perdonar a viejo ni mozo de cualquiera edad que fuese; y los que no merecían pena, pagarían también la culpa con los pecadores; hasta tanto que hizo con estos mandamientos que se amedrentasen, no sólo el pueblo, pero aun también con él los zelotes, y le enviaron a su mujer, con lo cual él ablandó su ira, su fuerza un poco, y cesó en la matanza grande que hacía.

Capítulo VIII

En el cual se cuenta el fin de Galba, Othón, Vitelio y lo que Vespasiano hacía.

No sólo había revueltas en Judea en este mismo tiempo, pero aun toda Italia estaba en discordia y guerras civiles: porque después que Galba fué muerto en medio de la plaza, Othón fué elegido por emperador, y éste guerreaba con Vitelio, el cual quería levantarse con el imperio, porque la gente germana lo había ya escogido y nombrado por emperador. Y habiendo dado la batalla en Brebiaco, ciudad de Italia, a Valente y Cecina, capitanes de Vitelio, el primer día fué Othón vencedor; pero luego el siguiente los de Vitelio. Después de muchos muertos y de haber entendido que la parte contraria había alcanzado victoria, Othón mismo se mató estando en Brixelo, imperando dos años y tres meses.

Sucedió que la gente de Othón se juntó con los capitanes de Vitelio, y Vitelio ya venía a Roma, cuando a los cinco días de junio, Vespasiano, partiendo de Cesárea, vino contra las tierras de Judea que no había aún sujetado; así subió primero a las montañas, y sujetó dos señorías: la una era la Gosnitica, y la otra la Acrabatena; luego después a Bethel y a Efrem, que eran dos fuertes: y poniendo en ellos su gente de guarnición, veníase ya hacia Jerusalén.

A muchos que hallaba en el camino mataba, y a muchos otros prendía.

Uno de sus capitanes, llamado Cercalo, con parte de la caballería y parte de la infantería, destruía la Idumea que se dice superior, y dió fuego al castillo Cafetra, el cual tomó de camino, y combatía con su gente el otro que se llama Cafaris, harto fuerte por estar cercado de un fuerte muro; y pensando que se detendría allí algún tiempo, los de la ciudad abriéronle las puertas, y humildes se entregaron.

Sujetados éstos, Cercalo partió para Chebrón, otra ciudad muy antigua, fundada, como dije, en las partes montañosas, no muy lejos de Jerusalén; y entrando por fuerza, mató a cuantos dentro hallar pudo, así mozos, como niños y viejos; y quemó después la ciudad.

Habiéndolo, pues, ya ganado todo, excepto el castillo llamado Herodio, Masada y Macherunta, que estaban entonces por los ladrones y salteadores, ya no tenían los romanos otra cosa sobre los ojos sino a Jerusalén, la cual ciudad solamente faltaba por ganar.

Capítulo IX

De los hechos de Simón contra los zelotes.

Habiendo Simón recibido de los zelotes su mujer, púsose en camino para seguir lo que de Idumea le quedaba: afligidos, pues, por todas partes, hizo que muchos huyesen a Jerusalén, y él también aparejaba su camino para allá.

Cercando, pues, los muros, si hallaba que alguno de los trabajadores, viniendo del campo, se llegaba al pueblo, luego lo mataba. Más cruel era Simón con el pueblo que hallaba por defuera, que los romanos; y los zelotes por de dentro eran mucho más crueles que Simón y que los romanos, porque los galileos los incitaban y movían con nuevas invenciones y con hechos muy atrevidos. Ellos habían levantado y hecho poderoso a Juan, y Juan, por agradecerles lo que habían hecho por él, permitíales hacer cuanto querían.

Los hurtos, la codicia, y la inquisición que hacían en las casas de los ricos, eran insaciables en todo. Mataban los hombres y deshonoraban las mujeres por juego y pasatiempo; y comiendo la sangre y bienes de la gente sin temor y sin algún miedo, después de haberse hartado, ardiendo de lujuria y deseo desordenado de las mujeres, vestidos con hábito de mujeres, arreados los cabellos y lavados con unguentos, hermosteábanse los ojos por agradar con su forma y gentileza: imitaban no sólo la manera de las mujeres en el vestir, pero aun también la desvergüenza de ellas, y con fealdad y suciedad demasiada, hacían ayuntamientos contra toda ley y derecho: estaban como en un lugar deshonesto y público, y profanaban la ciudad con maldades y hechos muy sucios y sin vergüenza.

Todavía, aunque parecían mujeres en la cara, eran muy prontos para hacer matanzas y dar muerte a muchos: y perdiendo sus fuerzas con las cosas que hacían, todavía saliendo a pelear, luego estaban inuy hábiles; y sacando las espadas debajo de los vestidos que de diversos colores traían, mataban a cuantos acaso les venían al encuentro.

Los que huían de Juan, daban en manos más crueles, es a saber, de Simón, y de esta manera el que huía del tirano de dentro, daba en poder del otro que cerca estaba, y era luego muerto. Estaba cerrado por todas partes el paso a los que quisiesen huir y recogerse a los romanos.

Los idumeos que estaban entre las compañías de Juan, discordaban; y apartándose de los otros, armáronse contra el tirano, no menos por envidia de verlo tan poderoso, que por odio de ver su gran crueldad; y peleando con la otra parte, mataron muchos de los zelotes, e hicieron recoger todo lo restante de la gente al Palacio Real que había Grapta edificado; ésta era una parienta de Izata, rey de los adiabenos. Entrando, pues, en él por fuerza los idumeos, hicieron que los zelotes se recogiesen en el templo, después de lo cual robaban el dinero que Juan allí tenía, porque él solía vivir en el palacio, y había puesto y dejado allí los despojos del tirano.

Estando en estas cosas los zelotes, que andaban esparcidos por la ciudad, juntáronse con aquellos que habían huido al templo, y Juan determinaba hacerlos salir contra el pueblo y contra los idumeos. No se había de temer tanto la fuerza de éstos, cuanto el atrevimiento de que saliesen de noche calladamente del templo, y desesperándose ellos mismos, pusiesen fuego a la ciudad. Por esto, juntos con los pontífices, buscaban manera para guardarse de esto; pero Dios mudó aún en peor el parecer de esta gente, que pensaba alcanzar remedio con cosa aun peor que la muerte; porque determinaron echar a Juan, recibir a Simón, y dar lugar al otro tirano, y aun suplicárselo con ruegos. Pusieron esta determinación en efecto, y enviaron al pontífice Matías que rogase a Simón, a quien antes habían muchas veces temido, que viniese y entrase; lo mismo también, juntamente con éstos, rogaban a aquellos que habían huido de Jerusalén por temor de los zelotes, con deseo cada uno de recobrar su casa y hacienda.

Prometiéndoles él hacerse señor de todo demasiado soberbiamente, entró como por librar la ciudad de tantos agravios, gritándole todos delante como a hombre que les traía la salud; y al estar dentro con su gente, luego pensó en alzarse con todo, y tenía por no menos enemigos aquellos que lo habían llamado, que a los otros contra quienes había venido.

Siéndole prohibido a Juan salir del templo con la muchedumbre de los zelotes que consigo traía, habiendo perdido cuanto tenía en la ciudad, porque Simón con sus compañeros lo había robado, desesperaba ya de alcanzar salud.

Acometió Simón el templo, ayudándole el pueblo: aquéllos trabajaban en resistirles por los portales y torres que había, y muchos de la parte de Simón eran derribados, y muchos se recogían heridos, porque los zelotes hacia la mano derecha eran más poderosos, y allí no podían ser heridos. Y aunque de sí el lugar les favorecía, habían también hecho cuatro grandes torres, por poder tirar de allí sus armas contra los enemigos: una a la parte oriental, otra hacia el septentrión, la tercera encima del portal: en la otra ladera, hacia la parte baja de la ciudad, estaba la cuarta sobre el aposento de los sacerdotes, adonde, según tenían costumbre, solía un sacerdote ponerse al mediodía como en un púlpito, y hacer saber, significándolo con son de trompeta, cuándo era el sábado de cada semana, y luego a la noche, cuándo se acababa; y hacían saber al pueblo cuáles eran los días de trabajo y cuáles los de fiesta.

Ordenaron por estas torres muchas ballestas e ingenios para echar grandes piedras, y pusieron también muchos ballesteros y hombres hábiles en tirar de la honda.

Con estas cosas, algo con menos ánimo se movía Simón a hacerles fuerza, como muchos de los suyos aflojasen; pero confiando que tenía mayor ejército, llegábase más cerca, porque las saetas e ingenios que tiraban, como alcanzaban a muchos, así también los mataban.

Capítulo X

De cómo Vespasiano fué elegido emperador.

No faltaron males a los romanos en este mismo tiempo, porque Vitelio había venido de Germania con ejército y muchedumbre de otra gente; y como no pudiesen caber en el lugar y alojamiento que les había sido señalado, servíase de toda la ciudad como de tal, y llenó todas las casas de gente de armas. Como éstos viesan las riquezas de los romanos, cosa muy nueva delante de ellos, espantados al ver tanto oro y tanta plata, apenas podían refrenar su codicia, de tal manera, que ya se daban a robar y mataban a los que trabajaban en defenderse e impedirselo. Las cosas, pues, de Italia, en tal estado estaban.

Habiendo ya Vespasiano destruido todo cuanto cerca de Jerusalén había, volvíase hacia Cesárea, y entendió las revueltas de los romanos, y que Vitelio era el príncipe de ellas. Con esto recibió gran enojo, no porque no supiese también sufrir el imperio de otro como imperar él mismo, pero por tener por señor muy indigno aquel que se había alzado con el imperio. No podía, pues, sufrir este dolor con el tormento que le daba, ni podía tampoco entender ni dar razón en otras guerras, viendo que su patria era destruida.

Pero cuanto la ira lo movía a tomar venganza de esto, tanto también se detenía por ver cuán lejos estaba, y que la fortuna podía innovar mucho las cosas antes que él llegase a Italia, principalmente siendo invierno. Por esto trabajaba en refrenar algo más su ira. Los capitanes, juntamente con los soldados, trataban ya públicamente de aquellas mutaciones tan grandes, y daban gritos, muy indignados y con enojo, por saber que había alojado gente de guerra dentro de Roma, diciendo que estaba holgazana y perdían la reputación y nombre que de hombres de guerra tenían, pudiendo dar el imperio a quien quisiesen, y elegir emperadores, con la esperanza que de su propia ganancia tenían. Que ellos, que estaban envejecidos con las armas, después de tantos trabajos, a otros daban el poder, teniendo entre ellos varón que más dignamente merecía el imperio; y que si dejaban perder esta ocasión, ¿cuándo podrían mejor, con más justa y razonable causa, hacerle gracias y pagarle según su amistad y benevolencia requería?

Y que tanto era más justo que fuese elegido por emperador Vespasiano y no Vitelio, cuanto eran más dignos, y para ellos mismos, que no aquellos que lo habían declarado y elegido; porque no habían ellos sufrido menos guerras que aquellos que habían venido de Germania; ni eran para menos en las cosas de las armas ellos, que aquellos que sacaba de Germania el tirano. Y que en elegir a Vespasiano no habría duda ni revuelta alguna, porque ni el Senado ni el pueblo romano habrían de querer más las codicias y deshonestidades de Vitelio, que la bondad y vergüenza de Vespasiano; ni por un emperador bueno, un cruel tirano; ni habrían de desear por príncipe al hijo y desechar al padre; porque gran seguridad y defensa es de la paz la verdadera bondad en el emperador.

Por tanto, si el imperio se debía dar a quien fuese viejo, sabio y experimentado, ya tenían a Vespasiano; y si a quien fuese mancebo y esforzado, con ellos estaba Tito; que de la edad de entrambos podían elegir lo que más fuese conveniente, y que no sólo mostrarían ellos haber de valer el emperador que ellos habían declarado, teniendo tres legiones y más ayuda de tantos reyes; pero aun también todo

el Oriente y parte de la Europa que no temían a Vitelio. Además de esto tenían en defensa de Vespasiano, en Italia, un hermano suyo y un otro hijo, el uno de los cuales confiaban que había de juntar consigo la mayor parte de los mancebos y juventud romana, y el otro era regidor de la ciudad, que es parte muy principal en la elección del emperador. Y si finalmente ellos cesasen, por ventura el Senado romano les declararía un tal príncipe a quien no tuviesen por bastante ni suficiente los soldados.

Estas cosas se hablaban al principio en secreto; y después, animando los unos a los otros, proclamaron por emperador a Vespasiano, y rogábanle que defendiese el imperio, que en tan gran peligro estaba. Éste había tenido en otro tiempo cuidado de todo; pero, en fin, ahora no quería imperar, teniéndose por sus hechos por muy digno de ello; preciaba más tener segura su vida, que ponerse en peligro por ensalzar y engrandecer su fortuna.

Cuanto más él rehusaba, tanto más los capitanes lo importunaban y los soldados le amenazaban, rodeándolo y poniéndolo en medio de sus armas, que lo matarían si no quería vivir y recibir la honra que sus hechos merecían: mas, en fin, aunque lo rehusó mucho tiempo, hubo de recibir el imperio, no pudiendo excusarse ni hacer otra cosa con aquellos que lo habían declarado por emperador.

Capítulo XI

De la descripción de Egipto y de Faro.

Determinó dar primero razón a las cosas de Alejandría, aunque Muciano y todos los otros capitanes, regidores y todo el ejército, le daban grita y movían que los llevase contra los enemigos; y sabía que la mayor parte del imperio era Egipto, por causa del mucho trigo que allí se cogía; y si una vez lo podía ganar y apoderarse de él, confiaba derribar a Vitelio por fuerza, si aun perseveraba en su porfía de querer ser emperador; porque el pueblo, muriéndose de hambre, no había de poderlo sufrir.

Deseaba también juntar con su gente dos legiones que estaban en Alejandría. Pensaba que aquellas tierras le servirían para defenderse contra toda adversidad, si algo sucedía de mal; porque es ésta una tierra muy difícil de entrar, porque no tiene puerto por la mar; tiene también por la parte occidental la Libia seca, y por el Mediodía tiene un límite que aparta a Siene de Etiopía; no es parte esta navegable, por causa de los grandes sumideros del río Nilo.

Tiene por el oriente el mar Bermejo, el cual se ensancha hasta la ciudad de Copton; tiene por la parte septentrional otra defensa y fuerte, que es la tierra hasta Siria y el golfo que llaman de Egipto, sin algún puerto. De esta manera, pues, está Egipto seguro por todas partes. Alárgase entre Pelusio y Siene por dos mil estadios; y de Pintina hasta Pelusio hay navegación de tres mil seiscientos estadios; por el

Nilo se sube hasta una ciudad que se llama Elefantina, con naos; porque los sumideros, como arriba dijimos, prohíben el camino más adelante.

El puerto también de Alejandría, por mucha paz que haya, siempre suele ser muy difícil de entrar en él, porque su entrada es muy angosta; y con las rocas que tiene escondidas en sí, apártase de su camino derecho: por la parte izquierda se le hacen como unos brazos; a la parte diestra tiene la isla de Faro, adonde hay una gran torre que alumbra a los navegantes por trescientos estadios, para que de muy lejos se puedan guardar y proveerse en la necesidad que tienen para llegar y recoger sus naos. Alrededor de esta isla hay muros hechos con obra grande y maravillosa, en los cuales bate la mar; y rompiendo en ellos las olas, hácese más dificultosa la entrada y tanto más peligrosa; pero ya cuando están dentro del puerto, están muy seguros: es grande más de treinta estadios, y llegan allí cuantas cosas faltan a esta tierra, y sale también de lo que ella tiene por todo el mundo.

Por esto, pues, no sin causa deseaba ganar Vespasiano las cosas de Alejandría, para confirmar todo el imperio. Queriendo poner esto en efecto, envió cartas a Tiberio Alejandro, el cual regía estas partes y a todo Egipto, mostrándole en ellas la alegría de su gente; y que habiendo él recibido, por serle tan necesario, el imperio, quería que le ayudase, y se quería servir de su diligencia.

En la hora que Alejandro leyó la epístola de Vespasiano, con ánimo muy pronto tomó el juramento a sus legiones y a todo el pueblo; obedecieronle todos con pronta voluntad, conociendo la virtud y valor de Vespasiano, de lo que antes había hecho y administrado. Éste, pues, con el poder que le fué concedido, aparejaba lo que era necesario para la venida del emperador, y todo lo que el imperio requería.

Capítulo XII

Cómo el emperador Vespasiano dió libertad a Josefo.

Sabido, antes de lo que es posible pensar, que Vespasiano era elegido por emperador en el Oriente, luego la fama se divulgó en todas partes. Todas las ciudades hacían fiestas y celebraban sacrificios por la alegría de tal embajada. Las legiones y gente que había en Mesia y en Panonia, que poco antes se habían levantado por saber el atrevimiento y audacia de Vitelio, prometieron servir a Vespasiano con mayor alegría y gozo.

Habiendo después Vespasiano vuelto de Cesárea y llegado a Berito, recibió allí muchos embajadores que le venían delante, de Siria y de otras muchas provincias, presentándole cada uno por sí las coronas, y dándole el parabién muy solemnemente.

Presentóse también Muciano, regidor de Egipto, denunciándole la general alegría y contentamiento de todos aquellos pueblos, y haciéndole saber el juramento que había hecho hacer, y cómo todos lo habían recibido por príncipe y señor. Sucedióle a Vespasiano su fortuna en todas partes conforme a sus deseos; y viendo la mayor parte de las cosas inclinadas a su parte, comenzó a pensar que no había

recibido la administración del imperio sin providencia de Dios, y que su justa suerte lo había traído y hecho llegar a ser el príncipe mayor del universo. Acordándose de muchas señales y otras cosas, porque muchas cosas le habían acontecido que le mostraban manifiestamente haber de ser emperador, acordóse también de lo que Josefo le había dicho, viviendo aún Nerón, dándole el hombre de emperador; maravillábase de este varón, que aun estaba en la cárcel o con guardas, por lo cual, llamando a Muciano con sus amigos y regidores contóles cuán valeroso había sido Josefo, y cuánto trabajo había sufrido en vencer a los de Jotapata por su causa; después también les dijo cómo le había profetizado estas honras, las cuales él pensaba que por temor eran fingidas; mas el tiempo había mostrado la verdad de ellas, y descubierto que habían sido hechas divinamente, confirmándolas y aprobándolas aquello que sucedido había.

Dijo entonces que era cosa deshonesta hacer que aquel que primero había sido buen agüero de su imperio, ministro y embajador de la voz de Dios, fuese detenido cautivo en adversa y contraria fortuna, y así llamó a Josefo y mandólo librar.

Viendo los regidores la gracia y favor que había hecho a un extranjero, confiaban también para sí cosas maravillosas y excelentes.

Tito, que estaba con su padre en este mismo tiempo, dijo: "Justo es por cierto, padre mío, que además de libertar a Josefo de la cárcel, se le vuelva la honra que le ha sido quitada; porque será como si no hubiera sido cautivo jamás, si le quebrantamos las cadenas; y no quitándoselas solamente, porque con aquello le libramos de la infamia, haciendo que sea como si no fuera encarcelado: esto se suele hacer a los que son injustamente encarcelados." Plugo lo mismo a Vespasiano; e interviniendo uno con un hacha de armas, quebrantó sus cadenas: así fué Josefo puesto en libertad por lo que había antes dicho a Vespasiano, y fuéle de esta manera vuelta su fama como por premio, y era ya tenido por hombre digno de crédito en cuanto dijese de las cosas que habían de acontecer.

Capítulo XIII

De las costumbres de Vitelio y de su muerte.

Habiendo dado respuesta Vespasiano a todos los embajadores, y ordenado regidores para administrar aquellas tierras, según cada uno merecía, vínose a Antioquía; y pensando a dónde iría primero, parecióle mejor entender en las cosas de Roma, que en el camino que había determinado para Alejandría, porque Alejandría estaba sosegada, y las cosas de Roma estaban por Vitelio perturbadas y en revuelta; envió, pues, a Italia a Muciano con mucha gente de a pie y de a caballo; pero temiendo éste ponerse en la mar por ser en el invierno, llevó su ejército por Capadocia y Frigia; en este medio, Antonio tomó la tercera legión de la gente, que estaba en Mesia, porque esta provincia tenía él en su

regimiento, y determinaba venir a hacer guerra con Vitelio; cuando Vitelio lo supo, envió luego a Cecina con gran ejército para que le resistiese.

Partiendo, pues, éste de Roma, luego alcanzó a Antonio cerca de Cremona, por aquella parte que ahora es de la Italia, viendo allí el orden y muchedumbre de enemigos, no osaba darle batalla, y pensando que volverse le sería cosa peligrosa, trataba de hacer traición; por lo cual, llamando a sus capitanes y a los tribunos de su gente, persuadíales que se pasasen a Antonio, menguando las cosas de Vitelio, y levantando el poder de Vespasiano, diciendo que el uno tenía solamente el nombre de emperador, y el otro tenía la virtud y fuerza para serlo; que para ellos sería mucho mejor hacer de grado lo que era necesario, y sabiendo que habían de ser vencidos por la mucha gente, era cosa bien mirada excusar de voluntad todo peligro; porque Vespasiano mismo era muy bastante y poderoso, sin toda aquella fuerza, para tomar venganza de todos los otros; y que Vitelio no osaría parecer en su presencia con cuanto podía, aunque tomase en compañía a ellos todos.

Habiéndoles dicho muchas cosas tales a este propósito, persuadióles lo que quiso, y así se pasó con toda su gente a las partes de Antonio; la misma noche todos sus soldados se arrepintieron por temor de ser vencidos por aquel que los había enviado, y amedrentados con esto, sacaron sus espadas, y quisieron matar a Cecina, y ciertamente lo hicieran, si no fuera porque los tribunos se mezclaron entre ellos, y muy rogados, en fin, no lo hicieron, pero teníanlo muy atado para enviarlo a Vitelio que lo castigase como traidor.

Habiendo oído estas cosas Antonio, luego hizo que su gente marchase, e hízoles venir con todas sus armas contra aquellos que se rebelaban: ordenados ellos para dar la batalla, resistieron poco a poco, pero luego fueron echados del lugar donde estaban, y huyeron a Cremona. La compañía primera de la gente de a caballo les atajó el camino, y cerrándolos delante de la ciudad, mataron la mayor parte de ellos, y acometiendo todos los otros, permitió a sus soldados que saqueasen la ciudad, en la cual murieron muchos mercaderes extranjeros, y muchos también de los naturales, y todo el ejército de Vitelio, que eran más de treinta mil doscientos hombres; también perdió Antonio Primo cuatro mil quinientos hombres de la gente que había sacado de Mesia, y librando a Cecina, enviolo por embajador a Vespasiano, el cual, habiendo llegado, fué muy bien venido y muy loado, y reparó la deshonra i, afrenta que tenía de traidor, con honras que él no esperaba.

Cuando Sabino, que estaba en Roma, entendió que Antonio ya llegaba, cobró esperanza, y tomando las compañías de la gente de guarda, apoderóse una noche del Capitolio. Venida la mañana, muchos de los nobles se juntaron con él, y Domiciano, hijo de su hermano, fué gran parte para haber esta victoria. Pero no se curaba Vitelio de Primo, antes enojado con aquellos que con Sabino le habían faltado, sediento con la crueldad que de su natural tenía de la sangre de los nobles, envió contra el Capitolio la gente que había traído consigo. Aquí fueron hechas muchas cosas esforzadamente, tanto por aquellos que habían venido, cuanto por los otros que tenían ya el templo; pero los germanos siendo muchos más, ganaron el collado, y Domiciano, con muchos varones muy señalados de los romanos, pudo huir divinamente, y salvarse: toda la otra muchedumbre que allí hallaron, fué muerta y despedazada: también, siendo Sabino llevado delante de Vitelio, fué muerto, y los soldados, dado saco al templo, pusieronle fuego, y todo lo quemaron: el otro día llegó con su ejército Antonio, y fué recibido por los soldados y gente de Vitelio, y trabando entre ellos por tres maneras batalla dentro de la ciudad, perecieron todos.

Viendo esto Vitelio, salió de su palacio beodo, y como suele acontecer en los que de tal manera viven, y tan pródigamente se quieren hartar, fué llevado por fuerza por medio de todo el pueblo, afrentado y deshonrado por todo género de afrentas y deshonras, y degollado en medio de la ciudad,

habiendo gozado del imperio ocho meses y cinco días, el cual, si más tiempo pudiera vivir, o si alcanzara más larga vida, no pudiera bastar a sus pródigos gastos todo el Imperio. Y fué aquí el número de los otros que murieron más de cincuenta mil.

Pasaron estas cosas a los tres días del mes de octubre; el día siguiente, Muciano entró en la ciudad con su ejército, y deteniendo los soldados de Antonio de la matanza que hacían, porque aun andaba escudriñando los mesones, y mataban los soldados de Vitelio con otra mucha gente del pueblo que había con él consentido, adelantándose con la ira a la diligencia que en examinar debían hacer esto, mandó venir allí a Domiciano, y diólo por regidor al pueblo hasta que su padre viniese. Librado, pues, ya el pueblo de todo temor, publicaba por emperador a Vespasiano, y juntamente se alegraban y regocijaban todos, celebrando fiestas por ser confirmado en el imperio, y ser Vitelio derribado y muerto.

Capítulo XIV

Cómo Vespasiano envió a su hijo Tito para acabar la guerra con los judíos.

Cuando Vespasiano llegó a Alejandría, fuéle contado todo lo que en Roma había sido hecho, y tuvo allí embajadores de casi todo el universo, dándole el parabién del imperio. Siendo esta ciudad la mayor después de Roma, parecía muy pequeña, según era la muchedumbre de gente que había venido.

Confirmado, pues, ya por emperador en todo el universo, y conservadas las cosas del pueblo romano contra la esperanza que de ello tenían, determinó Vespasiano dar fin a la guerra de Judea.

Pasado, pues, el invierno, él se aparejaba a partir para Roma, y determinaba poner asiento y concordia en las cosas de Alejandría. Así, pues, envió su hijo Tito a que diese fin a la guerra de los judíos, y tomase a Jerusalén: el cual se vino por tierra hasta Nicopolis, ciudad lejos de Alejandría veinte estadios de camino, y allí puso su gente en naos muy grandes, y vínose hasta Thurno navegando por el Nilo, y dejando las tierras de Mendasio: saliendo a tierra, detúvose en la ciudad de Tanin: de aquí partiendo, hizo estancia en otra ciudad llamada Heraclea, y vino a hacer la tercera a Pelusio.

Dió tiempo a su gente de dos días para descansar y rehacerse: al tercer día salió de los fines y términos de Pelusio, y pasando una jornada por los desiertos y soledades, puso su campo cerca del templo de Júpiter Casio, y luego al día siguiente en Ostracine, que es también esta tierra muy falta de agua, por lo cual los que de allí son naturales se sirven de otra que hacen traer: de aquí se reposó en Rhinocolura, y saliendo de allí, vino a hacer su cuarta estancia o jornada a Rafia, que es la ciudad primera que por aquella parte ocurre de Siria. La quinta jornada llegó su gente a reposar a Gaza, y luego de allí a Ascalona, de aquí a Jamnia, y luego a Jope, y de Jope llegó a Cesárea, determinando juntar consigo toda la otra gente de guerra.
